

LA PROVOCACION.

Quince dias despues de la muerte del señor Cabrales, Salvador, vestido de negro y sumamente pálido, llamaba á la puerta de la casa de Julio y de Susana: Ernesto, el niño jorobado, iba con él.

—¿Está en casa el señor Urrutia? preguntó Salvador á una criada que habia salido á ver quien llamaba.

—Sí señor, pase usted.

Salvador y Ernesto entraron en la sala que ya conocemos y ocuparon dos asientos.

Un cuarto de hora despues se presentaba Julio con semblante sañudo y miradas provocativas.

—Señor, dijo Salvador al ver entrar á Julio, habrá usted extrañado el que me presente en su casa un mes y dias despues de la cita; pero un cuidado de familia, como le indicará á usted mi traje, me obligó á faltar á mi palabra.

—Siéntense ustedes, repuso Julio con brusquedad.

Hubo una pausa.

—¿Ustedes venían.....

—A saber una resolución definitiva, que esperamos sea favorable, pues si todos somos susceptibles de un error, está en nuestro deber repararlo: usted es un jóven decente y de buenos sentimientos, y.....

—No me adule usted, señor mio, no soy un estúpido que pille el grosero anzuelo que usted y el muchacho este me lanzan.

—Usted se engaña, señor Urrutia: no nos recibió usted de tan mala manera la primera vez que tuve el honor de....

—Basta, señor, basta: hemos concluido; el otro día me importaba ganar tiempo, ahora tengo mis negocios arreglados y desde luego le diré á usted que jamás he pensado en casarme con una muger que fué bastante débil para admitirme.....

—No hable usted así de mi hermana, exclamó Ernesto.

—Cállate, escarabajo: si alguna vez te rompí la cabeza, hoy te mato.

—Veo, dijo Salvador, que está usted mal prevenido: cálmese usted, nunca podría usted propasarse en su propia casa.

—Yo hago lo que me place, señor mio, y obraré como se me antoje.

—¡Señor Urrutia!

—Señor Pastrana: ¿qué interés lleva usted en este negocio?

—Ninguno, caballero: Ernesto me contó lo que le pasaba; somos compañeros de colegio, y además, tomo participio en este asunto, exclamó Salvador, que ya se había molestado, por ser una cuestión de honor ¿lo entiende usted?

—¡Ah! ya: y como usted es una especie de Quijote, se mete usted á *desfacer* entuertos y á proteger doncellas ultrajadas..... Vea usted, usted hubiera sido un buen paladin en otro siglo, pero en el presente, hacer ese papel no es muy propio ni adecuado para la época.

—¡Usted me ultraja!

—Recíbalo usted como guste, vale que será usted resarcido con usura por Emilia..... ¡jál jál jál!..... No me quejo del sustituto.

—Usted se equivoca: yo soy casado; si de buena fé abriga usted esa sospecha, fácil me será convencerlo.

—Estamos perdiendo el tiempo; el que usted sea casado, nada quiere decir: mejor para usted y para ella, están cubiertas las apariencias.

—¡Ese es un ultraje!

—Recíbalo usted como guste, repito.

—El señor es un infame, que busca un pretexto especioso, dijo Ernesto.

—Silencio, jorobado, ó te pego!

—Delante de mí, nunca.....

—Lo veremos: repuso Ernesto.

—Lo veremos: me importa un bledo el amante de esa..... á quien yo desprecié.

—Es usted un hombre perverso y corrompido; yo no soy amante de la hermana de este jóven.

—Usted es un jesuita.

—Cállese usted, mentecato.

—Estoy en mi casa y voy á echarlos á ustedes á palos.

—Quisiera verlo.

—Vámonos, Salvador, vámonos, no te comprometas.

—¡Ah! ¿tanto así te lo ha recomendado la coscolina de tu hermana?.....

—¡Cobarde!

A esta palabra Julio se levantó de su asiento con intenciones hostiles.

Salvador se preparó á atacar ó defenderse. En ese instante entraron en la sala Perico y Nacho.

—Un momento, señores, un momento, exclamaron los dos jóvenes. Ustedes se han insultado mutuamente, y solo con un duelo se repararán las ofensas.

—¡Un duelo! exclamó Ernesto; ¡batirse Salvador!

—Sí, Salvador, repuso Julio mofándose, el querido de tu hermana se bate conmigo, porque me ha injuriado en mi propia casa.

—Eso no es posible.

—¡Já! ¡já! ¡já! ya tiene miedo el señorito.

—Quién dice que yo tengo miedo? preguntó Salvador cólerico. No quiero batirme, porque soy un hombre honrado y temeroso de Dios; además, soy casado.

—Si muere usted, me encargaré de la viuda..... ¡Ah!.....

Salvador, al escuchar aquellas insultantes palabras, habia descargado una bofetada sobre el rostro de Julio.

—Ahora sí es indispensable un duelo, exclamaron Nacho y Perico, interponiéndose entre Julio y Salvador.

—Lo acepto, dijo Salvador.

—Entonces, mañana.....

—Ahora mismo, yo no me espero á mañana.

—¿Tiene usted padrinos?

—Cualquiera de ustedes.

—Será aquel á quien usted haga el honor.....

—Pues bien, á usted. Y Salvador eligió á Nacho.

—¿La hora?

—En este momento y aquí.

—No puede ser en este sitio, dijo Nacho: mi padre tiene una carrocería en la calle de Nuevo-México: está sola, pues no hay allí mas que carruajes viejos; puedo conseguir la llave.

—Sea, pero vamos luego.

—Es indispensable arreglar nuestros papeles, porque será á muerto, dijo Julio. Dentro de dos horas estaré á sus órdenes.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro en punto.

—Está bien, á las seis estaré aquí.

Salvador y Ernesto abandonaron la casa de Julio.

—No te batas, Salvador, le decia Ernesto en la calle y andando de prisa; jamas me consolara yo si te sucediese una desgracia.

—Es preciso, Ernesto, nada temas: la justicia está de nuestra parte, y Dios nos ayudará. Quiero probarle á ese prostituido jóven que uno que no lo es, vale tanto como él para esta clase de lances.

—Y á dónde vamos?

—A tu casa, contestó Salvador; allí escribiré una carta á mi esposa, previniéndola para un caso desgraciado.

Miéntas hablaban Salvador y Ernesto lo que llevamos dicho y andando de prisa, Julio, sumamente cólerico, se paseaba en la sala de su casa hablando con sus amigos.

—Es indispensable que lo mate, decia Julio.

—Yo estoy seguro, dijo Perico.

—Yo voy á ver á mi pobre ahijado muerto, exclamó Nacho.

—Ya podias..... repuso Perico.....

—¿Qué?

—Convertir las probabilidades en certidumbre.

—¡Oh, no! se me resiste.

—¿Quién podría probarnos nada?

—No, no lo haré, á pesar de todo.

Julio le habia lanzado una mirada á Perico, que este comprendió muy bien.

—Por un amigo, te niegas: ¿á quién quieres ver muerto mejor, á Salvador ó á Julio?

—¡Oh! qué pregunta.

—Entonces.....

—Bueno, pero quedamos ligados para siempre los tres, y este..... ardid, que nadie lo sepa.

—No faltaba mas.

—Cómo lo hacemos?

—Muy sencillamente, dijo Julio tomando parte en la conversacion, y lleno de una alegría innoble y cobarde. Cargas una pistola con bala y otra con pólvora y taco; ya se comprende cuál sera la mia: disparámos, y.....

—Queda muerto mi abijado.

—Eso es.

—Magnífico.

—¿Y qué hacemos con el herido ó muerto?

—Mandarle como esté á su casa.

—Convenido.

—Entonces, vamos á casa á arreglar algunos papeles.

—Pero..... ¿para qué?

—Quiero darle á papá un sustito: ademas, siempre tendré que ocultarme y quiero tener listo á papá.

—Vamos, dijeron los jóvenes.

—¡Susana! llamó Julio.

La querida del señor Urrutia se presentó algo llorosa.

—¿Por qué lloras?

—Porque te vas á batir; todo lo he oido.

—Sí, tonta, pero saldré triunfante; tú no sabes mi habilidad con las armas en la mano. Consuélate, chula, esta noche cenamos alegremente aquí en celebracion de mi triunfo: voy á salir y volveré luego. Adios.

Y Julio, acompañado de sus amigos, salió á la calle.